NOTAS BIBLIOGRAFICAS

NUEVA POESIA NICARAGÜENSE

Reproducimos a continuación el texto crítico, publicado en la revista norteamericana «Occidental an International Review of Books and Literature», acerca de la antología de la nueva poesía nicaragüense, editada el pasado año por el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid.

La diferencia más evidente que existe entre esta Antología y las muchas publicadas hasta hoy en la América hispana es su número reducidísimo de poetas: sólo diez en el texto y cuatro en el apéndice. Pero hay diferencias mucho más sustanciales, siendo una de ellas el criterio estético de Orlando Cuadra Downing, autor de la selección y notas, y otra el conocimiento que tiene de la materia poética Ernesto Cardenal, autor de la introducción.

En efecto, cualquier otro coleccionador de trozos poéticos habría optado, frente a las exigencias del ambiente, por presentar a los cincuenta o cien señores que han escrito versos en Nicaragua; a los viejos, con sonetos escritos con palitos de dientes, por lo flacos y amarillos, y los jóvenes, con esos galimatías de niños tontos que iniciara el tristemente célebre Vicente Huidobro. Otro comentador cualquiera se habría hecho lenguas acerca de la «donosura de estilo» de este discípulo de Rubén Darío o del «atrevimiento de las metáforas» de aquel surrealista.

El coleccionador ha dado pruebas de un fino espíritu de selección al incluir a los siguientes poetas: Rubén Darío, Azarías Pallais, Salomón de la Selva, Alfonso Cortés, José Coronel Urtecho, Pablo Antonio Cuadra, Joaquín Pasos, Ernesto Mejía Sánchez, Carlos Martínez Rivas y Ernesto Cardenal. Vale la pena citar algunos juicios de Cardenal sobre estos poetas. Darío fué la salida al mar, el acontecimiento geográfico más grande de Nicaragua; en la poesía de Alfonso Cortés, el poeta loco, se toca lo impalpable, se ve lo invisible, se oye lo inaudito; la poesía del Padre Pallais es la verdadera conversión cristiana del modernismo; Poe y Verlaine son sotanas raídas; hay un extraño sentimiento de *vergüenza*, casi enfermizo, que prevalece en la poesía de Salomón de la Selva; Coronel Urtecho tiene una facultad de visión múltiple que le permite ver las varias partes, diversas y aun contrarias de una misma cosa; Pablo Antonio Cuadra revela desde sus primeros versos la ternura de la leche («La vaca de ojos azules y gran madre»); Joaquín Pasos está lleno de sueños geográficos y de viajes; Carlos Martínez es el

deseado equilibrio, la poesía sobre la superficie de la tierra, al nivel del hombre, humana; la de Mejía Sánchez es una poesía que vale más por lo que niega que por lo que entrega, más por lo que calla que por lo que dice.

Todos estos juicios de Ernesto Cardenal son definidores, justos, precisos y quedan ampliamente demostrados con la lectura de los poemas de estos autores en la presente Antología. El ensayo inicial, titulado «Ansias y lengua de la nueva poesía nicaragüense», revela un espíritu maduro y un juicio crítico claro y autorizado. ¡Noble empeño de compilador y de crítico! Ya no dirá la gente que Nicaragua ha dado al mundo sólo un poeta: Rubén Darío, ni que sus sucesores son esos pazguatos versificadores que le llamaron «Rubén» y «hermano»; sus sucesores son estos diez y los otros cuatro (Angel Martínez, Ernesto Gutiérrez, Fernando Silva, Rodolfo Sandino), que figuran al final de esta hermosa Antología.

Con estos poetas nuevos, «la poesía nicaragüense, que comenzó con el desesperado viaje a nado de Darío, se abre otra vez a nuevas aventuras y nuevos viajes. Los novísimos ya empiezan a traer el mismo mensaje de éxodo. La nueva generación se inicia con viajes. Con ella estamos otra vez en el mismo lugar de partida de Rubén, en una tierra divisoria y de tránsito, la tenuidad más delicada que separa una América de otra. Punto de partida y punto de regreso».

Por lo que se ve que la frase del general Cañas instando a Darío a que se fuera a Chile («¡Vete a nado!»), ha tenido un significado profético.

(EE. UU.) ARTURO TORRES-RIOSECO.

SOCIOLOGIA DE LA POLITICA HISPANOAMERICANA

El Seminario de Problemas Hispanoamericanos de Madrid acaba de publicar un libro de Julio Ycaza Tijerino, titulado SOCIOLOGÍA DE LA POLÍTICA HISPANOAMERICANA. Quizás este título no dé clara idea de la tesis sustentada por el autor, pero esto es accidental; lo importante es comprender la política como una superestructura social, y demostrarlo claramente como en el caso de Hispanoamérica. Aunque el libro se fracciona en diez capítulos, que se ocupan de un tema concreto, Ycaza Tijerino ha logrado darle, en cada uno de ellos, una clara unidad a través de los diversos estudios. El presente libro tiene un mérito fundamental: es sincero. No se le puede tachar de sectario. Unicamente quizás en detalles de la política interna nicaragüense, pero ello no es obstáculo para que el autor haya logrado un libro de valor. Puede ser la honradez de Ycaza lo que le haya dado una visión necesaria para ver y plantear claramente el problema hispanoamericano en dos aspectos: el sociológico y el político. Es interesante el equilibrio o, mejor dicho, la armonización que logra el autor al juzgar las etapas de conquista y colonización y sus proyecciones hispanas, sus consecuencias actuales.

El libro se divide en tres partes. Un capítulo de introducción, tres que corresponden a los elementos étnicos: indio, mestizo, español, y seis a las diversas formas políticas que han sido o son ensayadas en el continente americano.

El primer capítulo, *Introducción a la política hispanoamericana*, es un panorama general del libro. Atiende por igual a las bases étnicas y a las formas políticas. *Anarquía y Dictadura*, capítulo V, es ya de una referencia específica política, aunque sin desvincularse de la dirección sociológica.

Un párrafo puede ilustrar mejor la dirección del libro. Dice Ycaza Tijerino: *Son los pueblos hispánicos, poseedores de la más fuerte y sana sedimentación histórica del Cristianismo, son los llamados a buscar y encontrar la solución política para el problema del hombre moderno y de la Historia Moderna. Es ésta nuestra misión concreta, nuestra tarea urgente e indispensable. Todo lo que se aparte y nos aparte de ella, todo lo que trate de eliminar de nuestro quehacer histórico, por temor, por prudencia, por especialismo profesional o por vocación apostólica, esa primacía de la política, que es el signo inevitable de la modernidad, significa una delicuescencia de nuestro deber y de nuestro destino históricos.*

Esa misión hispánica de dar la solución política que exigen el mundo moderno y el hombre moderno consiste fundamentalmente en la propia realización de nuestros pueblos en la Historia. En esa realización integral de nuestras posibilidades históricas como personalidades nacionales y como comunidad internacional, en ese ser nosotros mismos reside la posibilidad de una Hispanidad políticamente paradigmática, es decir, fecunda en valores sociales y universales y, por tanto, con fuerza reconstructora y rectora de la Cristiandad.

Luego, después de conjugar la sociología como realidad y como posibilidad hispanoamericana, la confronta con el pueblo norteamericano y concluye así:

Planteado así el Hispanoamericanismo en la integridad de sus dos raíces vitales: la hispánica y la indígena, y en la plenitud de su concepción étnica y geográfica, cabe relacionarlo y enfrentarlo con esa continentalidad americana que nos separa de Europa y nos vincula geopolíticamente con los Estados Unidos y con el pueblo norteamericano. La única forma de entender esa continentalidad americana y de aceptarla históricamente es, para nosotros hispanoamericanos, la de un respeto y fidelidad fundamentales a nuestra personalidad, a nuestra grandeza y a nuestro destino históricos. Es decir, que tenemos que partir de la base de que las naciones hispanoamericanas están llamadas a formar una comunidad política y cultural con personalidad propia y con un claro destino en la Historia Universal. Resulta, por lo tanto, improcedente e inaceptable todo Panamericanismo que trate de uniformar al Continente americano bajo las formas políticas y culturales del pueblo de los Estados Unidos.

Esto puede dar una idea de la calidad y dirección del libro, pero me parece importante acotar varios calificativos. Me refiero al capítulo llamado *México o la revolución*, y a otro, *Centroamérica o el Federalismo*. No creo que la revolución, o las revoluciones mexicanas tengan que definir a un país. Y en cuanto a calificar a Centroamérica como un ensayo político no me parece apropiado, porque además el Federalismo no existió, según lo demuestra el mismo autor.

Después de leer este libro, uno se pregunta si Ycaza Tijerino habrá dejado algún aspecto fundamental del problema. Podría ser, pero lo que él sostiene y concluye es cierto y claro. Después de esto es suficientemente inteligente para declarar que este breve curso de diez lecciones *han sido tomadas como casos típicos para el estudio de las formas políticas en Hispanoamérica, sin pretender con ello agotar el tema, ni simplificar la compleja realidad de las veinte naciones hispanoamericanas.*

(Nicaragua) FRANCISCO PÉREZ ESTRADA.

LA INDEPENDENCIA DE AMERICA EN LA PRENSA ESPAÑOLA

«El Observador», periódico que aparecía en Cádiz por los primeros años del XIX, consideraba a la Prensa «barómetro seguro de las costumbres, legislación y gobierno de los pueblos». Sentado este principio, que por lo menos en lo que se refiere a la época décimonónica es exacto, cabe preguntar: ¿cómo reaccionaron los periódicos y la opinión española ante la secesión de las provincias americanas? Hacia esta respuesta nos conduce Jaime Delgado en un cuidadoso y agudo estudio sobre los órganos impresos, de opinión pública, de aquellos años (*).

Por orden cronológico, comenzando en 1810, al producirse los primeros chispazos separatistas, hasta 1823, fueron muchas y de diversos matices políticos las publicaciones periódicas que tanto en Madrid como en Cádiz, principalmente, noticiaron, analizaron y comentaron los hechos ocurridos en las provincias ultramarinas. Desde la «Gaceta de la Regencia de España e Indias», hasta la «Miscelánea», desfilan en el estudio de J. D. la «Gaceta de Madrid», «El Observador de Cádiz», el «Telégrafo Americano», el «Conciso», el «Redactor General», el «Amigo de las Leyes», el «Semanario Patriótico», el «Dia-

(*) JAIME DELGADO: *La Independencia de América en la Prensa española.* **Instituto de Cultura Hispánica. Seminario de Problemas Hispanoamericanos. Cuadernos de Monografías. Madrid, 1949.— 320 págs.**

rio Mercantil», la «Abeja Española», el «Revisor Político», el «Procurador General del Rey y la Nación», el «Diario de Madrid» y el «Universal», que fueron (unos representando unas masas de opinión, otros representando las tendencias oficiales y otros como portavoz del criterio de una sola persona o un grupo reducido) las publicaciones periódicas más leídas y comentadas entre 1810 y 1824. No hay que olvidar—como el autor señala en el prólogo—que muchas veces los lectores enviaban cartas o sugerencias que eran expuestas en la publicación. Con todo ello se verá que el material que ha manejado el autor es más que suficiente para exponernos el reflejo que en la conciencia española produjo el movimiento de la independencia americana.

Hubiera sido fácil haberse perdido en una prolija y difusa erudición, y uno de los mayores méritos de J. D. ha sido el de saber intuir entre el fárrago de noticias lo fundamental y preciso, y establecer una continuidad panorámica, que expone de manera global y completa el estado de la opinión pública con relación a los puntos vitales. En suma, desarrollar, a través de las fuentes de información de los periódicos, una verdadera labor histórica.

La obra contiene interesantísimos aspectos de la evolución del pensamiento de los distintos sectores políticos españoles sobre los problemas americanos. No deja de llamar la atención, a pesar de que España tenía presente el problema de la invasión francesa, el que los sucesos de Caracas (19 abril 1810) no aparecen publicados en la Prensa española hasta el 8 de agosto y como un suceso sin importancia. Esto ocurría en Cádiz, que en Madrid, aunque la «Gaceta» daba la noticia el 8 de octubre, ya la conocían el 23 de junio, pero no se preocupaban, como afrancesados, en modo alguno de los problemas de América. Sin embargo, Blanco-White, en su «Español», que se publicaba en Londres, daba la noticia, y la comentaba con bastante acierto, el 30 de abril. El carácter optimista de que la revolución americana sería sofocada perduró mucho tiempo en la opinión española, por lo general bastante desconocedora del carácter de la revolución y de los problemas americanos.

Se salva de esta generalización Juan López de Cancelada, editor y casi redactor único del «Telégrafo Americano», que luego se llamó el «Telégrafo Mejicano». Cancelada, antiguo funcionario en Nueva España, tiene una visión bastante exacta de la revolución americana, aunque solamente cree, como procedimiento de resolverla, en la intervención y dominio por la fuerza armada. De todas maneras es el personaje más interesante de todos los que intervienen en el periodismo de la época, ya que sus juicios se veían apoyados en un gran conocimiento de la realidad americana.

No debe olvidarse la carta que apareció en el «Conciso» el 22 de agosto de 1813, la cual la terminaba su autor—Valentín Ortigosa—con 16 preguntas, que sorprenden por su agudeza y conocimiento del asunto, pues en ellas están comprendidos todos los puntos claves del problema de la emancipación americana. Son de una perspicacia tal, que sorprende el que estén formuladas en 1813, cuando años más tarde el mismo Gobierno español no había llegado a tener una visión semejante del problema.

Entre proclamas, comentarios y polémicas llegó la consumación de la separación y se fueron amortiguando las repercusiones en la Prensa, hasta el punto de que Ayacucho no deja casi rastros en la española.

Con unas interesantes conclusiones, en las que estudia la relación de las corrientes periodísticas con las directrices de los gobernantes en sus alternativas absolutistas y liberales, cierra J. D. su interesante estudio, dejando sentada la idea de que el movimiento separatista americano no estuvo tan alejado de las mentes españolas como se ha pretendido. Esta atención no fué presidida por el acierto, pero el desfile de publicaciones que se ocuparon del tema demuestra que el tema americano no ha dejado de preocupar a los españoles.

El interés de la obra se ve favorecido por una fácil y clara exposición, que hace sumamente agradable la lectura y ayuda extraordinariamente a la comprensión de

la mentalidad de una época ante un problema de tal importancia.

ANTONIO PARDO.

UN LIBRO SOBRE ZULOAGA

El profesor Enrique Lafuente Ferrari nos ha traído el recuerdo de Ignacio Zuloaga en un libro fundamental sobre el pintor, en el que estudia «su vida y su arte». Con toda intención he escrito que nos trae su recuerdo, pues en el libro no sólo se estudian las calidades, carácter, significación y valía de su pintura, sino que se traza la figura moral y se evoca el valor humano del pintor, y ello con tal riqueza de datos y con fuerza evocativa tan incisiva, que volvemos otra vez a convivir con el gran hombre y a sentir como actuales y vivas las tertulias de su estudio, el dinamismo de su sociabilidad, las excursiones por tierras de Castilla o de Vasconia o las horas de la lucha enérgica y de la discusión de su arte; el aluvión de argumentos polémicos sobre su concepción de la pintura primero y de los temas españoles después.

Zuloaga vivió el momento más despreocupado de Europa, ya que por mil razones especialmente de orden espiritual, me resista a decir que el más feliz. Es el momento anterior a la guerra mundial primera. Por su estudio desfilan los hombres de la política, de las finanzas, de la inteligencia, de la aristocracia más exigente. Unos posan ante su caballete para el retrato; otros discuten las tendencias de las últimas escuelas del arte y de la literatura; todos rinden pleitesía al pintor. Estos hombres se llaman Barrés, o Rodin, o Rilke, o Ravel, o Degas. Entretanto en España se discute su arte o se censura su interpretación de nuestro carácter. Ha irrumpido en nuestra literatura un grupo de escritores un tanto agrios y desaforados. Su crítica está hecha precisamente desde el fondo más castizo y entrañable de España. A pesar de sus distintas y contradictorias tendencias, había de comprendérseles en un nombre generacional. A este grupo correspondía Zuloaga, y es acaso el más característico y extremado de toda la generación.

Ha sido acierto de Lafuente el presentarnos al gran pintor en medio de las solicitaciones, de una parte, del mundo cosmopolita y «modernista» (entonces cuadraba este adjetivo) de París, y de otra, del austero mundo español que Zuloaga quiso vivir y experimentar en lo más desolado y yermo de Castilla la Vieja. Precisamente en los ajustes y desajustes con uno y otro ambiente había de residir lo más sugestivo del arte interpretativo de Zuloaga. El pintor, fiel a sí mismo, sorprende el «carácter», conquista principal de su pintura, de igual manera en las figuras intransferibles a otro ambiente del toreo, «El Chepa» o el enano Gregorio el Botero, que en la silueta «extra» refinada y d'anunzziana de la marquesa Casati. La enérgica consecuencia del pintor a su temperamento mantiene este paralelismo entre objetos al parecer tan distantes.

Lafuente, al estudiar el mundo que rodeó a Zuloaga, escribe páginas de las más sagaces que conozco sobre nuestro paisaje o nuestras costumbres y sobre la vida y el arte de Europa en aquel momento. El espíritu de la vieja ciudad segoviana y la silueta tan típicamente parisina de Mauricio Barrés aparecen en este libro ungidas por el mismo acierto.

Pero este libro no es sólo cosa de leer, sirve también para contemplar la obra del gran pintor en reproducciones impecables que comprueban las aserciones hechas sobre su arte.

J. M. C.

PANORAMA INCOMPLETO DE LA CULTURA CUBANA

La picardía del procedimiento es, por desgracia, demasiado frecuente: el contenido del libro no responde al título. Cuando esto ocurre no hay que dudar un instante de que el título es sugestivo y prometedor. Así ocurre con un volumen que el año pasado publicó el Fondo de Cultura Económica de Méjico. Se trata del libro *Panorama de la cultura cubana*. El cuerpo que bajo esta capa encierra su autor, Félix Lizaso, no está en consonancia con tan amplio y abarcador rótulo. El mismo autor se encarga de aclarar el con-

tenido de su obra en unas breves líneas de presentación: se trata de los textos, ampliados, que sirvieron de base a una serie de conferencias pronunciadas en Buenos Aires en octubre de 1946, con las que se pretendía «presentar un panorama de lo que nuestros hombres del pasado siglo hicieron por dar vida a la nacionalidad cubana, por vía de la cultura principalmente».

A estas conferencias el autor añadió para formar este volumen dos capítulos finales en los que se ocupa de los años que van desde el 98 hasta nuestros días. Son dos capítulos de ritmo muy distinto a la primera parte del libro, y esto hace, entre otras causas, que se trate de una obra desigual y arbitraria. Por no insistir en este detalle, baste señalar que en el estudio de las figuras de Varela, Saco, Luz y Caballero, Varona y Martí emplea un centenar de páginas, mientras que no llegan a 50 las que consagra al análisis del proceso cultural que va desde 1898 al 1946.

Adelantemos ya al posible lector de esta obra que no debe buscar en ella un relato del desarrollo y características de la cultura cubana. Los cuatro primeros capítulos sirven exclusivamente para presentarnos, con criterio a veces sectario, las ideas de los padres de la independencia cubana, destacando sus valores intelectuales, dotes proselitistas, idas y venidas. Son páginas escritas con fervor y pasión. No debe extrañarnos, por tanto, que caiga en alguna inexactitud y exageración. Los juicios sobre el gobierno español en Cuba no siempre están dictados por el rigor histórico y el amor a la verdad. A veces también se desorbita la importancia de algunos hechos, creyéndolos locales, sin parar mientes en que son productos de fenómenos generales. (Así, el autor—siguiendo al historiador Portell Vilá al hablar de las consecuencias de la breve dominación inglesa y destacar los grandes beneficios que reporta—dice que es significativo que al hacerse el inventario de la biblioteca de los jesuítas expulsados de Cuba, en 1767, apareciesen entre esos libros varias de las obras de los enciclopedistas franceses. Decir esto es ignorar el giro que da la conciencia occidental a lo largo del XVIII.)

Lizaso, más que señalar las características de la cultura cubana a lo largo del XIX, lo que hace es resumirnos las ideas independentistas de los grandes autores de la nacionalidad cubana. Su intento es logrado, aunque es lástima que no haya destacado suficientemente lo que en aquellos hombres había de fidelidad a un modo hispánico de entender la vida humana. Por otra parte, al centrar la atención en estas figuras relega a un plano muy secundario a poetas, literatos y artistas que sólo le merecen somera mención.

En cuanto a los dos capítulos finales, dedicados a la República, son apretados y demasiado esquemáticos. Apenas si alcanzan a ser mediano inventario, con visiones parciales. Así, los movimientos poéticos no son analizados, contentándose con recoger la nómina de las principales figuras. Otro dato: teniendo un trabajo en que apoyarse como el de Alejo Carpentier, prescinde de toda referencia al panorama musical.

Concluyamos esta breve nota insistiendo en que el interés de este libro está en los entusiasmados estudios dedicados por el autor al Padre Varela, Saco, Luz y Caballero, Varona y José Martí.

A. L. C.

UN LIBRO LAMENTABLE

Es el que recientemente ha publicado la editorial «Jus», de México, titulado MIGUEL DE UNAMUNO Y JOSÉ ORTEGA Y GASSET. UN BOSQUEJO VALORATIVO. Su autor es el doctor Agustín Basave Jr., hasta hace poco residente en Madrid, donde cursó estudios de Derecho. El libro está prologado por José Vasconcelos.

Decimos que es un libro lamentable por varias razones; entre otras, las siguientes:

1.ª No nos parecen verdaderas ni justas frases del prólogo del señor Vasconcelos, como: *Tanto a Unamuno como a Ortega, me los ha hecho distantes su posición antiespañola*, o lo que dice del «sudor» y «aseo» de nuestro Unamuno.

2.ª El estudio de Unamuno del señor Basave encierra ideas acertadas, pero da la casualidad que esas ideas están ya contenidas en los estudios de Julián Marías sobre Unamuno (LA FILOSOFÍA ESPAÑOLA ACTUAL, Colección Austral, 1948, o MI-

GUEL DE UNAMUNO, Espasa-Calpe, 1943). Sirvan como ejemplos de lo que decimos estas comprobaciones que se pueden hacer fácilmente: dice Marías (págs. 39-40, del primero de sus libros citados: *Toda cosa, dice Spinoza, en cuanto es, tiende a perseverar en su ser... Para Unamuno, que recoge estas ideas, su pretensión es justamente ésta: perseverar indefinidamente en su ser, no morirse nunca del todo, eternizarse;* dice Basave en la página 25: *Spinoza dice que: «toda cosa en cuanto es, tiende a perseverar en su ser». La pretensión de Unamuno es justamente ésta: perseverar indefinidamente en su ser, no morirse nunca o por lo menos eternizarse.* Otro ejemplo, dice Marías: *el escenario, las decoraciones, los actores y el público son ingredientes esenciales de la obra teatral* (IBÍDEM, pág. 67); dice Basabe: *Son ingredientes de esencia de la obra teatral:* a), *el escenario;* b), *las decoraciones;* c), *los actores;* d), *el público* (IBÍDEM, pág. 58).

Los ejemplos se podrían multiplicar, pero son suficientes para justificar la frase: lo que hace el señor Basave, que desconoce la existencia de las comillas, no es científico.

En su estudio de Ortega, Agustín Basave Jr. «sigue» a su preceptor José Sánchez Villaseñor (JOSÉ ORTEGA Y GASSET: PENSAMIENTO Y TRAYECTORIA. Edit. Jus, México, 1943.) Tenemos la impresión que a Basave le gusta Ortega, pero no se atreve a decirlo abiertamente por no disgustar a su susodicho preceptor. Y si mientras en el primer caso, aunque «sigue» a Marías, se muestra como un pensador de absoluta seriedad e integridad y de auténtico valer, cuando «continúa» por la oscura senda de Villaseñor la cosa cambia, ya que, como al mundo es bien notorio (puede hacerlo cualquier lector comprobando en las obras de Ortega), este señor, aparte su desconocimiento de la filosofía de Ortega, falsea sistemáticamente los textos que cita. De aquí las frases sin sentido de Basave, que puede ver el lector si se toma la molestia de ir a las páginas 82, 86, 96, 166 y 167, entre otras.

FRANCISCO SOLER.

POESIA AMERICANA CONTEMPORANEA

Hace algún tiempo comentábamos en estas mismas páginas una antología de la poesía hispanoamericana editada en Francia y hecha por un francés. Ahora nos llega a las manos una antología semejante, aunque algo anterior en fecha, realizada en Estados Unidos por Mr. Dudley Fitts. No es nuestro propósito hacer aquí un paralelo de ambas antologías. Las dos tienen—como toda antología viviente—sus aciertos y sus errores. Y a ambas hay que agradecer, sobre todo, su propósito divulgador e informativo de una poesía tan poco conocida como es la iberoamericana. Aquélla se quería dirigir a un público francés; ésta de ahora, al público de habla inglesa, y está apoyada por una Editorial del prestigio, aunque minoritario, de New Directions.

Es significativo que el autor de esta antología coloque en la página liminar de su obra el famoso soneto de Enrique González Martínez «Tuércele el cuello al cisne», que simboliza, como es sabido, la reacción contra el preciosismo de Rubén Darío y de sus seguidores modernistas. En su prólogo, por cierto muy bien escrito, Mr. Dudley Fitts explica por qué ha puesto a su selección un *terminus a quo*, 1916, fecha de la muerte de Rubén Darío. Su antología pretende recoger la poesía posterior a Rubén, los veintiséis años que van de 1916 a 1942, y que significan un movimiento de reacción contra la blancura impoluta del cisne rubeniano. Este movimiento, que ha de luchar a veces con los restos de la escuela modernista, tiende a una poesía más desgarrada y violenta, más dura e intelectualizada, aunque quizá más torpe en la forma, menos musical. Esta poesía, añade Mr. Dudley Fitts, ha sido vigorizada por los temas y los ritmos indígenas, que le han sacado su fruto más criollo. Es decir, una poesía más genuinamente americana que la de Darío, sin perder por ello su linaje europeo. Sin duda, esto es cierto, pero también lo es que la poesía hispanoamericana no mira sólo a su terruño, sino que sigue abierta a todos los vientos europeos, a todas las influencias de las viejas y las nuevas culturas poéticas.

Hemos dicho que la antología de mís-

ter Dudley Fitts no llega sino hasta 1942. Y como en toda constelación poética nuevas estrellas, más o menos brillantes, nacen cada año, el lector echa de menos algunos nombres que le hubiera gustado encontrar. Entre los chilenos, por ejemplo, faltan poetas tan interesantes como Rosamel del Valle, Pedro Prado, Juvencio Valle y Roque Esteban Scarpa. Y entre los colombianos, notamos la ausencia del grupo más interesante de la poesía colombiana de hoy: Fernando Charry Lara—de cuyo bello libro *Nocturnos y otros sueños* hemos dado aquí noticia—, Jaime Ibáñez, Daniel Arango y Andrés Holguein.

Por otra parte, el autor justifica en su prólogo algunas omisiones que el lector puede encontrar extrañas, pero a las que se ha visto obligado si quería someterse a la fecha de 1916 como término de arranque de su selección. Tales como las de los colombianos Guillermo Valencia y Porfirio Barba-Jacob, las de los argentinos Leopoldo Lugones y Arturo Capdevila, y la de los mejicanos Enrique González Martínez (de quien se incluye, como excepción, el soneto citado) y Ramón López Velarde. En cuanto a la selección misma, dentro del terreno previsto y acotado entre 1916 y 1942, Mr. Dudley Fitts añade, anticipándose a las posibles críticas, que reconoce la imperfección fatal de toda antología, y que él se ha limitado a seguir su gusto personal, sin someterse a cánones de ninguna especie. Sin duda, es difícil rebatir este poco original argumento del gusto propio, pero no deja de extrañar, en una antología como la de Mr. Dudley Fitts, ciertas predilecciones que parecen excesivas, como la que el autor siente por la poesía peruana, de la cual selecciona quince nombres, mientras que sólo encuentra cuatro poetas colombianos, cuatro cubanos y siete chilenos dignos de ser incluídos en su obra.

Digamos, por último, que en las traducciones al inglés, los traductores han preferido seguir el criterio literal a la versión libérrima, tan peligrosa siempre, sobre todo cuando, como en este caso, se coloca el texto original frente a la traducción, en páginas opuestas. Diecisiete traductores—entre ellos el propio antólogo—han realizado la esforzada tarea de vertir al inglés los poemas seleccionados. Algunas de estas versiones van firmadas por el español Angel Flores (el primer traductor al castellano de T. S. Eliot), y por el poeta negro Langston Hugues. Muy interesante es la reseña bio-bibliográfica de los poetas incluídos, que figura al final del volumen.

José Luis Cano.

CIUDADES Y DIAS

Ha llegado a nuestras manos, procedente de Méjico, un libro de Diego de Mesa, titulado *Ciudades y días*. Nos ha cautivado, desde el primer momento, su presentación, el color de su portada, el dibujo que la preside, todo aquello, en fin, que al posesionarnos de un libro desconocido, nos revela rápidamente el primor o el mal gusto, la sencillez o el desbarajuste con que ha salido a la luz pública. En este caso imperan la sencillez y la discreción. Nos falta abrir sus páginas todavía intactas. No descubrimos prólogo alguno, signo alguno de preludio, ni siquiera el epígrafe que parece imprescindible en los libros de hoy. No sabemos si vamos a leer una novela, un cuento o una serie de ensayos sobre el tiempo y los hombres, como su título nos sugiere. En cambio, una dedicatoria de tipo lacónico, casi enigmático, nos asalta; un nombre bello y raro: «A Trudi Graa». En seguida comienza la obra. No es una novela. Se trata de una narración sugestiva y amena, dividida en cuatro capítulos, y éstos, a su vez, en otros más cortos, todos ellos con un título directo, síntesis de lo narrado. Los de cada capítulo, más generales, abarcan en su enunciado el contenido de las historias que les pertenecen. El escrito total narra el periplo, entre las ciudades y los días, de un soldado, durante una época bélica. No se dice qué guerra es ésa. Es un frente, y el enemigo ataca de improviso y está siempre cerca. Recuerda la última guerra española. Tal vez el autor (al cual no conocemos) es español y ha vivido lo que escribe. La prosa es firme y fresca, lírica en su objetividad y en su crédula sencillez; va fluyendo delicadamente de la pluma del autor, descriptiva, fiel y como amorosamente. Diríase que el autor es un hombre candoroso, en cuya limpia prosificación quiere involucrar un sueño de guerra tranquilo, aun siendo

de guerra; un sueño que él vivió en carne y alma, pero que ya ha pasado y ahora evoca con nostalgia. Allí se describe admirablemente, con una prosa emotiva y al mismo tiempo estricta, las vicisitudes de un combatiente a través de los días de fuego y polvo, en que se lucha contra un enemigo que acecha y que los lectores «no ven». La guerra, el campamento, las ciudades que se recorren, los amores, los óbitos de los compañeros, el deseo de vivir, los caminos de tregua y de incierto reposo... La crónica no decae un solo momento, sino que continúa produciendo el mismo interés y desarrollando la misma dulzura. Hay pormenores del *casus belli* que no van más allá de la realidad, en su apogeo, amarguras y triunfos, sumamente veraces y sin comentarios. De vez en vez, un pensamiento, una impresión general, abstracta, del hombre que conoce su circunstancia y su conciencia.

Una expresión alegre y simpática, dentro de sus matices patéticos y eróticos, es en la narración el encuentro sucesivo del protagonista, a lo largo de la guerra y de la tregua, con la mujer. Se pintan los rastros aventureros y fugazmente felices de tres mujeres. Primero Ana, la muchacha campesina, de la que el soldado se enamora secretamente. Entonces acaba de alistarse en el Ejército. Aquello sucedía en la «Casa de la Parra», a orillas del río. «Ana, la nieta, ayudaba a su madre, silenciosa, la mirada siempre en el suelo. Sólo una vez pude ver claramente sus ojos negros, tímidos, como con una lágrima presta a brotar. Era muy joven, casi una niña.» Ella arregla los cuartos, hace las camas, lava la ropa. El la mira desde el puente y no se atreve a dirigirle la palabra. Sin embargo, aquella posible novia, que le responde a todo: «Sí, señor», «No, señor», aclara sus ropas con más cuidado que las otras. «Extendía mis camisas en la hierba casi con cariño.» Pero la madre espía a toda hora. Este amor extático, tembloroso, por ambas partes, está descrito con gran ternura por el autor. El protagonista ya está en el batallón y sueña con distinguirse en la batalla. Es un buen soldado. Un día sale para la Comandancia, donde había de formarse la tropa. Encendida de rubor las mejillas, ella dice adiós al joven valiente. De pronto se escucha un ruido lúgubre de motores. En el cielo se divisan manchas microscópicas. ¡Peligro! Es la aviación enemiga. La descripción del bombardeo es casi gráfica. El se acuerda de Ana y corre en su busca; la encuentra, medrosa, atontada, en la orilla del río. «Entre unas mantas la hago tumbarse, y yo, feliz de dar mi vida por ella, la cubro con mi cuerpo.» En medio de esa terrible confusión, en que la muerte está cercana, casi segura; en medio de ese pavor dorsal, nace el primer beso y la primera herida del soldado. La segunda mujer es Emilia, la muchacha guerrera, que se ha quedado sola en el pueblo y se une a la tropa. «Era soldado sin dejar de ser mujer, y mujer sin dejar de ser soldado.» El autor copia un fragmento de romance para realzar la estirpe de esa heroica compañera. Igual hubiera podido ella cantar de regreso a su casa:

Puentecito, puentecito
del río de mi lugar,
una vez te pasé virgen,
virgen te vuelvo a pasar.

Durante un asalto, Emilia y él van juntos. Llevan orden de lanzarse al ataque cuando recibieran una señal. Cerca del enemigo, ella y él están agachados, en silencio, ansiosos. «Emilia, tendida a mi lado, había recobrado su serenidad; apoyada la cabeza sobre un brazo, acariciaba levemente, con el otro, la tierra, y en la noche sus ojos brillaban otra vez como en la tarde.» «Nuestras bocas quedaron casi juntas. Su aliento sabía a heno recién cortado, a hierba húmeda, a agua fresca del manantial.» Se besan, al fin, en medio de la guerra, de las explosiones. Luego se lanzan al ataque. La tercera mujer es la novia de retaguardia. La conoce en un cabaret; pasa con ella una noche. «La morenucha decide que esa noche, la segunda y la última que he de pasar en la ciudad, duerma en su casa.» Cuando es de día él tiene que marcharse de nuevo y se viste de prisa, sin hacer ruido, para no despertarla. Pero ella se ha asomado a la ventana y le dice adiós, «haciendo sonar con tintineo familiar las pulseras» que ciñen su hermoso brazo.

Es una narración bella, delicada y poética. Al final de cada capítulo vemos una ilustración realizada por un lápiz diestro.

Son dibujos totalmente expresivos, que reflejan la escena más impresionante de lo que se acaba de leer. Juan Soriano es un fino artista, un dibujante lírico, que inyecta a sus líneas una emoción grande y al mismo tiempo se compenetra exactamente con el texto. No podemos censurar este libro. Nos gusta.

CARLOS EDMUNDO DE ORY.

DEL PERU ANTIGUO Y DE SUS HOMBRES

Las monografías científicas que tratan de temas relacionados con la historia del continente americano no son raras en España, pero sí lo son aquellas que estudian la parte precolombiana. Por esto, y por su autor, es de destacar un reciente libro sobre antropología del Perú antiguo (1). Su autor, Angel de Tuya y G. Solar, médico y licenciado en Filosofía y Letras, iba a leer su tesis doctoral cuando estalló la guerra civil española. Angel de Tuya fué asesinado en Madrid, y su tesis sobre Medicina en el Perú incaico fué destruída al ser saqueada su casa. Ahora, el Seminario de Historia Primitiva del Hombre, que él contribuyó a fundar, ha reunido amorosamente, no sin esfuerzo, varios trabajos suyos dispersos en revistas, y con ellos ha formado este tomo, con el que inaugura la publicación de una serie de tesis doctorales. Por sus conocimientos profesionales y vocación, Angel de Tuya se había dedicado a la etnología, uniendo siempre al rigor del investigador y del historiador su viva inquietud y humanidad de médico, de lo que son buenos frutos estos estudios:

Un cráneo-trofeo mundrukús.—En el Museo Anatómico de la Facultad de Medicina de Madrid se conserva una cabeza-trofeo, preparada por indios americanos del Sur. No está reducida de tamaño y todos los huesos del cráneo están intactos. Su preparación es extraña: el interior de la cabeza está relleno de pelusa de algodón, y los ojos han sido sustituidos por bolas de resina que llenan las fosas orbitarias, en las que unos trozos de concha incrustados imitan los párpados. La cara está ornamentada con algodón y plumerías: a cada uno de los lados lleva dos gruesas bolas de algodón, y penden de las cavidades auditivas dos trenzas formadas por tres cordones también de algodón, rematados de guirnaldas de plumas rojas. La cabeza está suspendida de una cuerda, cuyos extremos pasan por la boca para anudarse fuertemente detrás de ella. Por esta preparación y estos adornos podemos fijar el origen de la cabeza-trofeo, que no puede ser jíbara, al no ser reducida. Comparada por Tuya con otras de varios museos, especialmente con la del «Museum für Völkerkunde», de Berlín, la atribuye a la tribu Munkrudús, de la familia Tupí-Guaraní.

La significación de estas cabezas-trofeos está relacionada íntimamente con las creencias animistas de estos pueblos, que, además, suponían localizado el espíritu en la cabeza. La cara y conservación del cráneo, así preparado, supone el beneficio mágico de la fuerza del muerto, que permanece en el trofeo. Sus posibles nefastos efectos se neutralizan con las plumas rojas, precisamente de este color por su valor mágico, ya señalado por Fernández de Oviedo.

La influencia de estas cabezas-trofeos en la cerámica nazca es extraordinaria y hasta hace poco tiempo se ha conservado su representación como principal motivo de adorno. Unas veces formando un friso alrededor del vaso, otras adaptando la forma de éste, globulosa o redondeada, a la representación de una cabeza pintada; incluso frecuentemente decorando el vaso, pendiendo de brazos de figuras míticas o de tentáculos de animales.

Dos problemas surgen de esta consideración de la cerámica nazca: ¿Existía en la cultura nazca la cabeza-trofeo, o el tomarla como motivo de ornamentación era sólo una supervivencia? ¿Qué sentido tiene su representación como motivo especial en la ornamentación de

(1) ANGEL DE TUYA y G. SOLAR: *Estudios de Historia primitiva de América.* Publicaciones del Seminario de Historia Primitiva del Hombre. «Disertaciones Matritenses». Madrid, 1949; 114 págs. + XI láminas.

la cerámica? El reciente hallazgo de unas tumbas nazcas nos permite solucionar estos problemas. Las cabezas-trofeo existían en esta civilización peruana, y eran enterradas con el muerto, acompañando su cadáver, y para que el espíritu de los vencidos no abandonara la cabeza en que residía, los labios aparecen sujetos con espinas. También rodean al muerto vasos funerarios, lo que nos habla de la creencia en una vida material más allá de la muerte. Estos vasos aparecen decorados con el tema de las cabezas, y todo ello indica que están allí para ayudar al muerto, mágicamente en su mundo, de acuerdo con esta concepción mágico-animista.

Cerámica proto-chimú.—Angel de Tuya estudia a continuación el contenido antropomorfo de esta cerámica, en que son tan frecuentes las representaciones de seres humanos, permitiéndonos formarnos una idea del tipo de hombre que creó esta cultura, también peruana. La primera fase de esta cerámica usa la técnica del vaso en espiral, y su segunda fase conoce el molde; es entonces cuando aparecen las primeras plásticas antropomorfas, que culminan en los vasos de Chimaca y Chimbote. Puede seguirse la evolución de estas representaciones; evolución que, desde las cabezas envueltas en telas pintadas con motivos geométricos, llega hasta el perfecto realismo de maravillosos retratos y caricaturas. Este realismo ha permitido al autor clasificar las cabezas y distinguir entre los hombres de esta cultura proto-chimú; dolicocéfalos y braquicéfalos, cameoprosopos y leptoprosopos, mesorrianos y platirrinos... El prognatismo se señala claramente, así como la deformación craneal, lo que hace pensar en influencias raciales de los pueblos mayas. Los tipos representados no siempre corresponden a seres reales; a veces se trata de divinidades mitológicas. Grupo aparte se podría formar con la cerámica llamada erótica: en estas vasijas están simbolizadas algunas formas de la actividad sexual, pudiendo por ellas apreciar lo extendida que estaba la sodomía.

En la cultura Chimú, que sustituye a la anterior, la coloración de la cerámica es totalmente negra y las representaciones antropomorfas se hacen con menos realismo y perfección, conservándose, no obstante, las mismas características raciales en los tipos. Dos clases de vasos se diferencian en esta cultura: unos, muy iguales, que presentan la cabeza como cubierta por un casco formado por los propios cabellos, muy bien trenzados, que Lehman ha querido relacionar con la cultura colombiana de los Chibchas, y otros, en los que la figura humana es modelada de manera especial con una cara muy ancha, ojos y boca figurados por una estrecha hendidura, con la superficie del rostro extremadamente lisa. Los rostros suelen aparecer con tatuajes o con tinturas. Los tatuajes están hechos con motivos geométricos, líneas escaleriformes o círculos. Las tinturas son más frecuentes, sobre todo en blanco, negro y rojo. La mejilla, frente y mentón, son las partes de la cara más decoradas, dominando como motivo la línea espiral.

Tuya, por sus conocimientos médicos, insistió en otro aspecto característico de esta cerámica, el de sus representaciones fisiológicas y patológicas. Por estas últimas hemos podido conocer muchas de sus enfermedades. Así, la que llamaron «uta», representada por mutilaciones hechas en la nariz y labios. El destino de esta cerámica parece ser librar al muerto de sus padecimientos en esa otra vida material, más allá de ésta. De este conjunto de vasos antropomorfos se deduce la complejidad racial que existió en estas culturas y los diversos influjos que obraron sobre ellas.

Medicina y magia. — La magia tiene una decisiva importancia en la Medicina peruana incaica. Había medios preventivos de enfermedades muy curiosos, como, por ejemplo, la costumbre de calentar las ropas nuevas y rociarlas con «zancú», antes de utilizarlas. Las prácticas para hacer desaparecer las dolencias eran muy numerosas y varias, modificándose su solemnidad con arreglo a la categoría social del enfermo. Si éste era el Inca, todos los individuos del Imperio se confesaban y se hacían sacrificios de niños menores de diez años. Si la enfermedad sobrevenía como

epidemia, los sacrificios eran generales, se practicaban ayunos de cinco días, en que no se bebía chibcha, se comía poco y sin ají y, además, se guardaba absoluta continencia sexual. Las mujeres parturientas pedían a los «huancaquilli» que rogasen a la luna para tener un buen alumbramiento. Si creían que el mal venía de la tierra, la regaban con chibcha. Otro procedimiento de curación consistía en bañarse en donde dos ríos unen sus aguas, después de haberse untado el cuerpo con harina de maíz. Durante unos días determinados del año podía conseguirse la curación de cualquier enfermedad sin más que lavarse desde la media noche hasta la salida del sol. Por su falta de especificidad concreta para enfermedades determinadas se ve que todas estas ceremonias tienen carácter mágico. Servían para alejar cualquier dolencia, porque su fin no era curar directamente al paciente, sino hacerle recobrar su poder mágico, cuya posesión permitía al enfermo luchar eficazmente con sus males.

Es bien sabido que la civilización del Perú no presenta el tipo intelectualista de la de los Mayas, ni el carácter sangriento de la azteca, pues se caracteriza por el desarrollo extraordinario que en ella alcanza el culto a los muertos. Las ceremonias funerarias, en efecto, son complicadas y numerosas. Sobre todo, las que siguen a la muerte del Inca. Su fallecimiento se mantenía secreto durante algún tiempo, mientras su sucesor tomaba las medidas convenientes para evitar insurrecciones. Dada a conocer al pueblo, éste guardaba ayuno, se vestía de luto—ropas de color pardo, ausencia de adornos en las orejas de las mujeres, que se ceñían la cintura con soga de esparto—, y el llanto general duraba días, meses, hasta años. Los Incas recibían sepultura en el templo de Coricancha, en el Cuzco, juntamente con los objetos que usara en vida, y para que no se perdiera su memoria eran compuestas canciones en que se narraban sus hechos y se recordaban sus hazañas, proclamándole héroe y caudillo, divinizándole para el futuro.

Cierra el libro un estudio, menos importante y extenso, dedicado a la diosa del agua, «Chalchihtlicue», protectora de navegantes y recién nacidos.

EMILIA ALBA.

DALI, ANTE SU HERMANA

Ana María Dali ha escrito un libro, *Salvador Dalí, visto por su hermana*, que ha publicado la Editorial Juventud, de Barcelona. El libro es una reivindicación de Dalí, de Dalí en su primera época. Reivindicación del todo necesaria para invalidar el mito forjado en torno a su personalidad. Es curioso que el principal autor de este mito sea el propio artista, y su vehículo de difusión un libro absurdo, falso y escandaloso: MI VIDA SECRETA.

Era verdaderamente difícil desenmascarar lo que allí estaba escrito. Sólo alguien que le conociera íntimamente y que hubiera compartido con él su infancia y su juventud podía hacerlo. Su hermana ha puesto las cosas en su lugar escribiendo un libro sencillo, encantador, en el que cuenta la vida de Dalí hasta 1929, cuando el artista, al ponerse en contacto con el grupo surrealista de París, «desvía el río de su vida, tan bien encauzado, y su espontaneidad, humorismo y fecundo pensamiento, se transforman en insinceridad, agresividad y despotismo». Luego vino la etapa ferozmente surrealista de Dalí, que también requiere un estudio serio que siegue la falsedad de las anécdotas que enmascaran la autenticidad de la obra. Creo interesante insistir en tres puntos que me parecen fundamentales para la comprensión total de Dalí.

La influencia del paisaje de Cadaqués. Durante toda su vida, Dalí ha acudido a Cadaqués. Principalmente en su infancia y juventud iba allá todos los veranos. Nos cuenta su hermana cómo la salida del sol le hallaba trabajando en su taller. El paisaje de Cadaqués es clave de su obra. Jamás lo ha abandonado. Siempre ha ido con él y me atrevería a decir que no hay una sola obra en que no esté presente. Toda la temática de la época surrealista de Dalí está inspirada en Cadaqués, menos cuando se propone glosar un hecho concreto o servir a una idea determinada. En su primera época pinta el paisa-

je austero, áspero, directamente, captando su luz, su color. En el surrealismo lo transforma, lo deforma, pero no lo vence. El paisaje sirve siempre de fondo a la tela; la anécdota queda en primer término. La obsesión de profundidad, de lejanía que tienen casi todos sus cuadros viene dada por el paisaje del Ampurdán. Pintar aquella comarca es difícil. Todo el paisaje —enorme llanura— cabe en una cuarta parte de la tela. El resto, es cielo. Un cielo límpido, obsesionantemente azul. Todo esto, repetimos, explica y ayuda a comprender la obra de Dalí. A Dalí debe estudiársele siempre a través de Cadaqués.

Su extraordinaria formación artística.— Dalí —todo el mundo lo sabe— es un dibujante extraordinario. Durante su juventud ha dibujado y pintado infatigablemente, lo que le dió una precisión, una seguridad y un oficio que le han ayudado y servido grandemente. Entre la baraúnda del surrealismo sólo se han salvado y siguen aquellos para los que la pirueta artística fué sólo un ensayo, un experimento. Los demás, se hundieron. Lo único que salva, precisamente, al Dalí surrealista es su dibujo extraordinario y su técnica y oficio perfectos. Y aquí cabe recordar algo muy poco sabido. Y es la influencia de su primer maestro, don Juan Núñez, profesor de Dibujo en la Escuela Municipal de Dibujo, en Figueras. Don Juan Núñez era un gran maestro y dibujaba exquisitamente. Dalí fué su discípulo predilecto y allí aprendió la necesidad de dibujar bien. Nos prueba su dominio el hecho que le ocurrió cuando su examen de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes, de Madrid. Su dibujo era de un tamaño más pequeño que el que se pedía y, por tanto, no se ajustaba a las normas dadas. Sin embargo, era tal su perfección que fué admitido.

Su religión.—Dalí ha visitado a Su Santidad el Papa. Dalí ha declarado su deseo de hacer arte religioso, ha anunciado su vuelta a lo clásico, a los principios indestructibles; sencillamente, volver a su primera época. Lo que sea, sonará. Sería hora de que abandonara el surrealismo como doctrina, doctrina «destructiva —dice su hermana—, premeditada, en la que todo se encauza por una norma de perversión». No puede olvidarse que Dalí fué uno de los primeros escritores pornográficos españoles y que ha ejercido influencia muy perniciosa. No debe olvidarse —tampoco— que sus primeros cuadros los pintó —el surrealismo estaba muy lejos de aparecer— bajo el amparo de la Virgen barroca que preside su casa en Cadaqués y a la que el «amanecer —como escribió García Lorca— viene a poner encendido el coral que tiene en la mano». Su formación transcurrió en un ambiente católico, en un hogar cristiano y su juventud fué normal y serena, pese a todo lo que diga en *Vida secreta.*

El libro de Ana María está escrito con sencillez, con amor, con cariño. Hay capítulos, como los de niñez y adolescencia, verdaderamente deliciosos. Es muy interesante todo lo que se refiere a la amistad de la familia Dalí con García Lorca y, en este aspecto, aporta datos muy curiosos. Realzan el libro una serie de fotografías inéditas, así como unas reproducciones de dibujos y cartas de García Lorca.

JUAN GICH.

CINCO POETAS BRASILEÑOS

Ha aparecido en Barcelona, bellísimamente editada, la primera serie de una ANTOLOGÍA DE POETAS BRASILEÑOS DE AHORA, en la que, en cinco cuadernillos independientes, se ofrecen al lector español algunos poemas de Augusto Federico Schmidt, Murilo Mendes, Cecilia Meireles, Carlos Drummond de Andrade y Vinicius de Moraes, todos ellos poetas representativos de la poesía brasileña contemporánea. Traducción y selección han sido hechas por Alfonso Pintó, siendo el mentor e impresor del bello libro João Cabral de Melo, poeta brasileño que es actualmente Vicecónsul de su país en Barcelona.

Cabral de Melo ha gustado desde el primer momento de su vida literaria de ser impresor de su propia obra y de aquellos libros de otros autores por los que siente predilección. En su país son disputadísimos los ejemplares de las pequeñas tiradas que el poeta hace, y los buenos bibliófilos brasileños pagarían buen precio por algunos libros de nues-

tro poeta impresor o los de Manuel Bandeira y Lêdo Ivo, editados por él.

En esta antología nos encontramos en primer lugar con el famoso Murilo Mendes, que figura con sus suprarrealistas «Ventanas del caos», en donde su lírica tiene un tono amargo de hastío y drama. A veces, la imagen bella y original da un resplandor personal y sorprendente a sus versos, pero en otras ocasiones resultan éstos de un cerebralismo rebuscado que ahoga todo temblor poético.

Domina en esta buena muestra de la poesía de Murilo Mendes un vocabulario no tradicionalmente lírico (teléfono, lámpara, hospicio, etc.), que se entrelaza con el de más tradición en la poesía universal.

También incluye Pintó en su antología a la admirable Cecilia Meireles que, con sus personales y luminosos poemas breves, nos recuerda las canciones de su galardonado libro «Viagem», canciones sin igual en la moderna poesía de habla portuguesa, si exceptuamos las del lusitano Antonio Boto, tan admirado por Federico García Lorca. Cecilia Meireles está aquí representada magníficamente por sus «Seis canciones», lo que supone un buen acierto del seleccionador y traductor. Característicos de su poesía son los versos cortos, transparentes, luminosos, puros:

Estrella fría
la de tu mano:
tenue cristal,
exigua flor.

¡Ay! Nieva amor.

Luna desierta
de tu mirar:
pura glacial
luz sin color.

¡Ay! Nieva amor.

.....

Bella es también la canción en que la gran poetisa brasileña canta a Antonio Machado, recogida como homenaje de la poesía brasileña al gran lírico español en el número 11-12 de CUADERNOS HISPANOAMERICANOS. Es lástima que en la traducción de este poema, por querer conservar la rima, Alfonso Pintó haya mantenido, españolizando, la forma «a volar», barbarismo que ha debido traducir por el gerundio «volando». Alguna incorrección más le ha cabido también en suerte a la traducción de los poemas de Cecilia Meireles, como la de conservar, por descuido, la ortografía portuguesa en algún vocablo: «palavra», por ejemplo.

Otro de los cinco poetas representados en esta selección y traducción es Carlos Drumond de Andrade, con sus dos poemas: «Residuo» y «Estancias». De ellos hay que destacar el primero que, con un vocabulario realista, alcanza cimas poéticas de considerable altura. Poesía de fondo más que de forma es la que puebla los versos de Andrade, donde la imagen o la metáfora nunca son sorprendentes por sí solas, células individualizadas de belleza, sino parte integrante de un clima poético.

Otro seleccionado es Augusto Federico Schmidt, poeta de profunda ternura en su largo poema «La vuelta del hijo pródigo», con el que está representado. Schmidt logra conmovernos con su lenguaje sencillo, humano y no rebuscado, donde la expresión deslumbrante no tiene entrada; es más, se podría decir que toda la fuerza lírica de este gran poeta brasileño reside, precisamente, en su lenguaje realista y sin afectación. (También en la traducción de este poeta se han deslizado errores ortográficos que afean la bellísima edición.)

Y por último, se incluye en esta breve antalogía la joven figura de Vinicius de Moraes, con su «Elegía al primer amigo», poblada de bellísimas expresiones y de melancólicos pensamientos que crean un ambiente poético de gran altura. También habría que señalar al traductor algún defecto en el tierno y sentimental poema de Moraes.

RAFAEL MORALES.